

El camino de las voces

De casi cinco siglos sería la gestación de nuestro idioma hasta madurar en obras literarias. Brotaban sus vocablos primitivos en medio de una conmoción de razas, de credos y de batallas incesantes. Se imponían los moros en reinos tumultuosos y las voces del dominio se mezclaban a una vital evolución urgida de palabras propias. Andaba allí el latín, en la escritura de los doctos y entre expresiones populares, con su legado prerromano y los testimonios de un cristianismo en expansión; abundaban los dialectos, el dispar estilo de vivir y su rica variedad de hechos que hacían de España un fértil territorio para apuntar las raíces de su cultura vigorosa.

Parece cosa de estigma y antecedente a considerar el que un vasto lenguaje, asentado y fortalecido en donde han perdurado el dolor y los afanes guerreros, surgiera de rumores rebeldes, de actos de disidencia y de proclamas políticas como las del conde Fernán González, emitidas desde un encastillado rincón de Cantrabia, durante la primera década de este milenio. Antes que literario, es indudable el trazo liberador del romance naciente, porque sus nombres se ampliaban con la remembranza de pasiones o correrías militares en la ruta triunfante de las espadas.

Así se arraigaba la voz de Castilla, el español dirigido a la fundación nacional, en ese paisaje cursado por la erudición escolástica, el árabe del invasor y la multitud de palabras que al paso del tiempo encontrarían acomodo en lenguajes hermanos como los de Portugal, León, Cataluña o Aragón.

Indivisa del signo sagrado de sus testimonios remotos, la escritura de nuestra lengua es glosa primero, después oración y cantar de gestas, como las de Rodrigo Díaz de Vivar, hasta constituirse en clara unidad melódica cuando Aragón y Castilla emprenden la hazaña de fundir intereses y tonos como si las palabras no sólo se adueñaran naturalmente de reinos reconquistados, sino que también se ensancharan en la expansiva labor de las aulas, en la obra de pensadores y artistas y aun en los hallazgos geográficos de Ultramar.

1492 es el año en que concluye la guerra de reconquista; Nebrija publica la primera Gramática castellana, desembarca Colón en tierras americanas y desde España comienza a avivarse la imaginación europea con la fábula recontada del Nuevo Mundo. Año de travesías y sucesos inusitados, de construcciones magníficas y de utopías que se prefiguran como aventuras espirituales; 1492 es, también, cifra fundadora del que sería mestizaje en la América hispana y

simiente del humanismo crítico; es referencia primordial de desafíos por venir, de embates diferentes a los padecidos en España y del estruendo prodigioso de un alto lenguaje forjado con extremas dosis de piedad, de violencia y de emociones exaltadas.

Largo, accidentado, sembrado de símbolos y hallazgos, el camino de las voces une, desde entonces, los tiempos de la cultura mexicana: es la ruta de una historia que salta del jeroglífico a la difusión parcial del alfabeto; es la de un mundo de dioses, de mitos y ceremonias tributarias contrapuesto al evangelio de frailes que reconocen en los indios el sentido moral de la existencia; es la vía que une a los pueblos del Anáhuac con la herencia universal de Grecia; es el pasaje fundador de la imprenta americana y de las aulas superiores; es sendero, en fin, trazado a hierro y fuego por el genocidio y la piedad cristiana.

Péndulo de esperanzas, tradiciones y credos diferentes, iban y venían en Mesoamérica las voces como si ventilaran gritos y murmullos de vencedores y vencidos. Al modo de dioses ensañados, se escuchaba el sigilo combatiente del náhuatl y del castellano en sus orillas, el maya al centro, y un vaivén de signos meciéndose como el huipil de la Malinche en tierra mexicana. Sus ecos y sus signos, al paso del saber y de la razón liberadora, han hecho del español un instrumento que fusiona escritura y afán de libertad.

Perdura el náhuatl y se hablan otras lenguas aborígenes en México; no obstante el español, con todo y sus deficiencias en el habla popular, contiene el juicio crítico de nuestra cultura y aun nos permite defender la vasta herencia de un pasado que nos llena de identidad y de sentido, aunque por sí mismo, en la hora colonial, no lograra madurar en una síntesis civilizadora, quizá porque el legado de los antiguos mexicanos se borraba en la desmemoria del mestizaje innovador. Es precisamente en castellano, y no en lenguas aborígenes, como el México de hoy valora las conquistas del ayer; fuente viva de una cultura poderosa, de suyo es el auxilio de un conocimiento que hacemos nuestro gracias a los nombres, a las reflexiones y a la suma de hallazgos, en el arte y en la ciencia, que precisan nuestra doble pertenencia a la Europa que nos llegara a través de la Colonia y a la raíz indígena que nutre el mestizaje y siempre se renueva por el prodigio de un idioma.

Si examinamos la historia mesoamericana desde el camino de las voces encontramos, en sus momentos decisivos, la

presencia de dos mujeres; mujeres que reflejan un cauce, los accidentes y el sedimento cultural de la palabra en una nación que nos remonta a la cifra fundadora del México contemporáneo; es decir, al instante en que fluyen los idiomas como emisarios de credos, de aspiraciones y universos contrastantes.

El de Malintzin era un mundo de fuego en las piedras, de aves preciosas y de dioses que participaban con los hombres en la pintura de su historia. Mundo dual, enmascarado y serpentino, inventor del juego de pelota y del recubrimiento de sus templos con templos similares para conmover los cimientos de otros cielos. Pausa, canto y lecciones invocadas por los sabios, su voz era, también, silencio con múltiples reflejos: surtidor de pensamientos figurados, pasadizo calendárico hacia la cuenta del destino y señal de la memoria en la atadura de los años.

En la voz de los antiguos mexicanos se oía la Voz de las deidades y en el habla de los dioses se fundía el rumor de la creación humana. Así era el mundo del Anáhuac: mundo en movimiento, urdimbre de inmovilidad propiciatoria, estallido de espléndidos relieves, evocación ritual de los quehaceres que abarcaban la realidad del inframundo y los actos más sutiles del treceno cielo.

Grito guerrero al pie de los altares, ofrendas con semillas, conchas, vasijas laboriosas y corazones palpitantes, el del Altiplano era un tributo a la creación que llenaba de sentido a los artistas, dotaba de poder a los tlatoani y cifraba el orden de los días y de la vida. Mundo peregrino de la oscuridad hacia la luz que, desde entonces y para todos los tiempos mexicanos, vertería en el mestizaje el legado del tolteca más remoto y el esplendor de Tenochtitlan.

Enigmática región estremecida con designios revelados, ahí todo cambiaría a partir de la doble acción de la crueldad y de la obra misionera. En ese trance, cuando la tierra del Anáhuac comienza a dividirse en amenaza del olvido y promesa del saber, Malintzin protagoniza el vínculo entre el pensamiento mítico y la controvertida lógica europea. Tal su signo; lindero y eslabón entre dos universos resguardados por héroes diferentes, aunque vinculados por el común concepto religioso de obediencia y sacrificio.

Al iniciarse el tránsito de razas, de idiomas y de dioses, el bautismo renombró Marina a la Malinche. En la noche de sangre y desaliento, al mirar la luna desmembrada y corroborar el curso adverso de los astros, un anónimo de Tlatelolco, presintiendo acaso las plegarias y la hoguera, comparó el dolor de los vencidos a la herencia de agujeros de una red. Era el tiempo de construir la gran ciudad sobre las ruinas del quebranto azteca: caían las vigas, las canteras, las piedras de los templos derrotados y a su lado levantaban con lo mismo la Catedral y las iglesias, sus campanarios, ornatos y torreones; hospitales, escuelas y conventos; las casonas y edificaciones palaciegas de una cultura que pretendía emular a la española sobre las bases de un poderoso sistema tributario.

Escribió Motolinía que por miles los indios participaban en las obras, que sus voces y sus cantos no cesaban de noche ni de día, que en ese revoltijo de lenguajes y labores y con los tonos aborígenes colgados a los muros iba surgiendo poco a poco, y por sobre el cúmulo de accidentes y de muertos, la Nueva

España que perduraría trescientos años.

Signo trágico de dos tiempos, voz histórica de una india en castellano, la Malinche es también el símbolo mayor del sometimiento femenino porque ni con su dominio de tres lenguas pudo vislumbrar una identidad liberadora. Vendida como esclava por su gente, al iniciar su juventud trasladó el aprendizaje nahua al mundo de un cacique maya; al paso de Cortés por Chokan-Putun, fue una de las veinte mujeres regaladas a los capitanes españoles. Tocó en suerte a Alonso Hernández el ser su propietario, al menos durante los meses de su estancia en estas tierras, ya que Hernán Cortés lo embarcó de vuelta para España, quizá para adueñarse de los atributos de esa joven de veloz aprendizaje, ágil traductora y seguramente diestra en los intrincados manejos del poder, no obstante rebasar apenas los dieciocho años de edad.

Consejera y concubina del Conquistador, no era de extrañar el que juntos procrearan al primer mestizo con intuición de independencia, a pesar de haber sido educado en la Península después de la muerte de su madre. Herencia singular la de Martín Cortés: de Malintzin y con el saber de España, una firme voluntad liberadora; de Hernán Cortés, su índole obstinada. Mestizo sometido al fin y al cabo, conoció Martín el rigor de la tortura, el poder destructor de los rumores, y el implacable sello del silencio con el que suele amordazarse a los colonizados.

Singularmente cruel con indios y mujeres, el mundo mexicano que va de la antigüedad a la Colonia y de ésta a la instauración de la República ha concentrado en el dominio de la lengua la única hendedura por la que se puede vislumbrar el acceso a la justicia. Las normas, las batallas del derecho y aun los argumentos defensores de las etnias no proceden del nahuatl, del zapoteco ni del maya, sino del claro ensanchamiento de un español asimilado que, a pesar de su pobreza oral, poco a poco se enriquece con algunas obras de arte.

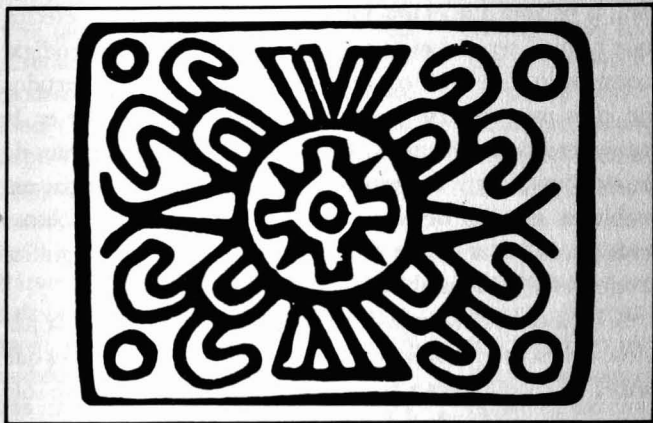
Y este es el drama cultural de nuestro pueblo: no poder adueñarnos plenamente de los nombres ni ejercer la igualdad mediante la pertenencia de un idioma que, no obstante su origen aprehendido, identifica a una cultura que todavía se mueve entre los extremos de un porvenir prefigurado y el olvido sigiloso de su historia.

Para los mexicanos, el lenguaje se convierte en frontera entre el prejuicio del pensamiento mágico y el saber abierto al futuro. Tal el lindero que cerca el ejercicio de la justicia, porque sólo la exige quien es capaz de entender su desdicha, aquel que deslinda derechos y obligaciones y valora su situación en el mundo. Ninguna democracia o justicia es posible en una nación en la que su mayoría habla con un centenar de palabras básicas; en donde la desigualdad se refleja a partir de la ignorancia o del conocimiento del sustantivo y se confina en unos cuantos instruidos la posibilidad de entender y modificar los términos de la circunstancia.

La justicia, ya se sabe, es hija de la razón y conquista civilizadora. Por eso Malintzin, al surgir sus vocablos del universo mítico, fue mero puente verbal, corredor de palabras ajenas a su pasado, distantes en todo a los nombres de su experiencia y sin vínculo alguno con el significado de las ideas de dominio al modo europeo. Sor Juana, en cambio, acometió la escolástica

y los rebuscados lenguajes de la Colonia para comprender sus limitaciones, para crear una vía de perfeccionamiento interior y para ejercer la prudencia en la orilla de la Inquisición.

Por eso en México son memorables los que se aventuran en el ejercicio de las palabras, porque acceden al activo mundo de las ideas y de ellas desprenden el juicio crítico. Sólo el lenguaje deslinda la expresión de los hechos y esclarece con precisión la distancia entre el querer y el poder transformar los límites posibles de lo real. Un Hidalgo, un Morelos o un Benito Juárez vislumbraron la idea de libertad desde servidumbres diferentes. Inteligencias educadas, fueron ellos los disidentes y creadores decisivos del México independiente; su obra fundadora de las instituciones anticoloniales tuvo en la palabra



escrita su simiente y en la vertiente crítica el impulso de una lucha que, bien a bien, no se concluye plenamente porque todavía recae sobre nosotros el símbolo fatal del ignorante, su resignada y pasiva indiferencia.

Ésta es la razón que nos remonta a la memoria de los dos seres decisivos que comenzaron la ruta mexicana del idioma. Una por ser reflejo del espíritu de dos reinos; la otra por crear las letras mexicanas, sendas mujeres cifran los acontecimientos culturales más significados de la historia del país: enlace oral, vínculo de Europa y del Anáhuac, Malintzin no representa el sometimiento a lo extranjero como se ha insistido, sino el poder fundador de la palabra allí donde fueran enfrentados los lenguajes como armas enemigas en el campo de batalla. Sor Juana, por su parte, busca la causa de las cosas, escribe y reflexiona.

Cercada la obsidiana por el filo del acero, la Palabra traída por los mares llamaba Nuevo Mundo al paisaje de voces y esplendor que el español acometía como otros acometen la aventura rauda de la noche. Sumada a los dones mexicanos, la Malinche fue simiente de sílabas mestizas que habrían de conformar un alfabeto de símbolos de sangre: alfabeto consagrado por la cruz, reducido por la brutalidad de encomendados y ampliado poco a poco por los versos de Sor Juana.

Consciente de su mundo real, sometida también como Marina, Sor Juana se apodera del significado de los nombres, inquiere los objetos, estudia los temas de su tiempo, reflexiona sobre el poder liberador de las ideas y, cuando todo se reduce a prohibición y cerco al pensamiento, ella extrae de su talento criollo las letras transgresoras de una vieja servidumbre. Este

es, en realidad, el instante en que Nueva España se expresa en un idioma propio y el acto cultural más trascendente porque, asimilado y recreado el alfabeto por la monja, de sus pliegos surge el brote innovador de la moderna cultura mexicana; es decir, la voz que inquiere su pasado y cuestiona lo real, la voz que se pregunta cuál es su razón de ser en un mundo sometido y cuál la vía de la razón allí donde reinan el silencio y la ignorancia.

Lo que no soñara Marina con su manejo de las voces, Sor Juana habría de consumarlo a través del juicio crítico. Ninguna de las dos, no obstante su naturaleza de excepción, lograría vencer el implacable acoso de su medio. Tampoco pudieron doblegar el duro hierro con el que se estrechaba a los vencidos, pero una y otra enriquecieron —cada una a su manera— el poderoso recurso de una lengua que poco a poco se asentaba en la conciencia de una vida nacional cénida a los imperativos de justicia, independencia y libertad.

Sierva de dos culturas la primera, confinada la segunda por las amenazas del clero colonial, ambas fueron víctimas enmudecidas y símbolos, para todos los tiempos mexicanos, de la inteligencia subyugada.

Pasaje de la Conquista a la colonización, entre Malintzin y Sor Juana se tiende algo más de un siglo de distancia; pero de Sor Juana a los pensadores liberales hay doscientos y más años de fanatismo religioso durante los cuales, con puntual exactitud, se practica la costumbre de encubrir la realidad con lenguajes rebuscados, acrílicos y adjetivados. Son los siglos en que todo parece tentativa cultural, cauce innovador y búsqueda de signos nacionales en medio de luchas de Reforma, intervenciones extranjeras, dictaduras y algunas conquistas del saber. Son los siglos en los que el indio es perseguido, maltratado y obligado a atrincherarse en sus aldeas, a encerrarse en sus costumbres marginadas del desarrollo del país. Son los siglos, además, en los que la mujer es algo menos que una sombra deambulando en una sociedad confusa, otra vez sangrienta y orientada hacia la realización de una independencia verdadera.

Si son escasos los hombres que, hasta el siglo XIX, se dedican a crear la cultura literaria mexicana, la presencia femenina es tan oscura como la voz remanente de los indios. Entre otros, éste es uno de los legados coloniales más dramáticos porque, no obstante adquirir el alfabeto, multiplicar el libro por el prodigio de la imprenta e incorporarnos a una civilización de raíz greco-latina, ha perdurado la señal de la mordaza impuesta al mestizaje por sobre el quehacer espiritual de unos cuantos pensadores.

Con una herencia de dolor frustrante, en esa penumbra nacional comenzaba el medio siglo de los cambios decisivos. Samuel Ramos, en *El perfil del hombre y la cultura en México*, anticipó la búsqueda del rostro oculto de una identidad que sólo enmascarada podía enfrentar la vida, esa vida magistralmente expresada en *El gesticulador* de Rodolfo Usigli que, tramada de mentiras, urgida de credibilidad para conservarse y poder actuar conforme a la torcedura lógica de lo aparente, llenaba de sentido al mexicano, al mexicano acostumbrado a deleitarse con espectros del deseo, desmemoriado e incapaz de sumergirse en el reconocimiento de su historia; al mexicano

dual, divagado e inaprehensible, cuya imagen brotaba en la conciencia interrogante de un joven escritor quien, deslumbrado por los contrastes en las calles de Los Angeles, decidió explorar el mundo de disfraces, de conductas desgarradas, de mitos y de miedos que cercaban *El laberinto de la soledad* de nuestro pueblo.

Fiel a la tradición de la ruptura, porque su síntesis quebranta el vínculo con las noticias y las señas de una identidad anticipada por el educador José Vasconcelos, por Samuel Ramos y Rodolfo Usigli, Octavio Paz publica el *Laberinto* al comenzar la quinta década del siglo y al punto esa soledad encauza las vertientes de voces ignoradas hasta entonces en las letras mexicanas. El otro México despierta, el de los llanos y rumores que estremecen como *Pedro Páramo*; el de *La feria* de un Arreola que redescubre la magia del idioma, el de las denuncias previamente anunciadas por José Revueltas; el de la plenitud de Salvador Novo, maestro de los goces y las crónicas; el de las llamas metafóricas de Carlos Pellicer y la prosa innovadora, siempre deslumbrante, de un Carlos Fuentes reinventor del país enmascarado; es el México que extiende a las mujeres el derecho a sufragar y el que ensancha sus nutrientes con los exiliados españoles y las primeras autoras de obras singulares.

Una tras otra surgen y se quebrantan tradiciones alrededor de la costumbre abolida del silencio. Así se ensancha y crece una corriente de voces y de nombres en el arte de las letras. La que fuera caracol, sierva enmudecida, orante taciturna y obra del olvido comprendió quizá al servir de enlace entre

continente y palabras que sí hay destinos que son mejores que otros, que la memoria fabrica rebeldías y que cuando el sometido vislumbra el poder del alfabeto su pasividad se vuelve disidencia y apertura crítica.

De trescientos años fue el periodo intacto del acoso padecido por Sor Juana; de sólo treinta, sin embargo, el tránsito multiplicador del medio siglo hacia generaciones y nombres de artistas del lenguaje. Los escritores mexicanos no somos accidente en el surgimiento de las obras ni contingencia en el abultado continente del idioma, sino parte activa de una Historia del Espíritu en la que se funden orígenes e identidades diferentes a una misma, viva y perdurable, aspiración liberadora.

Los escritores tenemos como prenda del destino a la palabra, la palabra que es una infinita serie de causas y de efectos que hilan al ser que es con el que fue y que, por el prodigio consignado en el habla cotidiana, la palabra retorna al surtidor de ideas para nutrirse y ensancharse. Crecer, ahondar en la pasión creadora, vislumbrar formas, expresiones diferentes de la vida; inventar y reinventar la espiral de la existencia; ennoblecir nuestro destino, aproximarlos a las revelaciones redentoras de los dioses: eso es lo que, en conjunto, significa aventurarse en la palabra como vía liberadora.

Si de todos el lenguaje es un derecho para acceder a la justicia, del escritor es obligación buscar la trama de las voces que habrá de conducirnos a la conquista de una dignidad que sólo otorgan la razón, la tolerancia y el acceso al misterio de lo bello y armonioso. ◇

HUMANIDADES

Ciudad Universitaria, D. F., julio 17, 1991

GATOS PELOTEROS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA

Alfonso Arellano Hernández
Instituto de Investigaciones Filológicas

Hace algunos domingos tuvimos la oportunidad de presencia en la ciudad de México dos acontecimientos que, aunque parecen aislados e inconexos, guardan una íntima liga. Me refiero al hecho solar y al "juego de pelota" entre gatos y pájaros (Pumas y Aguilillas) (¿o se hacían pelotas?). De los comentarios que, recuerdo importante, e incluso mial, una actividad terrible (el juego de la patada). ¿Y qué con eso? ¿Dónde está la relación? No se angustie. Aquí viene.

El primer tiempo ("Pan con la mamá")

Aprende de las "maravillas" de las crónicas de corte (de corte palaciego, no de corte mir inglés) que nos han llegado de los mayas a través de sus inscripciones se

La verdad, en pocas ocasiones podemos ser testigos de ciertos eventos mitológicos (el halo), es mucho más

de corte (de corte palaciego, no de corte mir inglés) que nos han llegado de los mayas a través de sus inscripciones se

LA EPILEPSIA: MITOS Y REALIDADES (III)

Simón Brailowsky
Instituto de Fisiología Cerebral

La verdad es convulsiva o no se le pasa (A. Malraux)

... que en la condición epiléptica, existía un momento antes del ataque mismo considerando que el ataque sobreviniera durante las horas de vigilia cuando repentinamente, en medio de la tristes, de la oscuridad y la opresión, su mente se inflamaba y todas sus fuerzas vitales se expandían al mismo tiempo, en una explosión poco usual. Su conciencia y su sensación de estar vivo se incrementaban diez veces

más durante estos momentos, que se repetían con frecuencia. Su mente, su corazón se iluminaban de manera inapreciable. Toda excitación, toda duda, todo problema se apaciguaban, resuelta en una calma superior llena de armoniosa felicidad y esperanza, llena de inteligencia y de razón última. Y sin embargo, estos momentos, estos destellos no eran sino el premonstramiento

Nuestra América: sus ideas

FILOSOFIA UNIVERSITARIA EN CHILE

Horacio Cerutti Guldberg

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Unidad Popular (1960-1973) y, finalmente, la filosofía bajo el poder militar (1973 a la fecha del texto). Entre periodos organizados sendos capítulos.

Jalisco, uno de los más destacados filósofos jóvenes chilenos, se formó en su país bajo el magisterio de Juan Riquelme

En su *Academic Rules in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics* (Albany, State University of New York Press, 1989, 259 págs.) establece la siguiente periodización: la secularización del pensamiento (1810-1860), la era del positivismo (1870-1920), los "Fundadores" de la filosofía chilena (1920-1950), institucionalización y crisis del positivismo filosófico (1950-1960), la filosofía durante la reforma universitaria y el gobierno

de la Unidad Popular (1960-1973) y, finalmente, la filosofía bajo el poder militar (1973 a la fecha del texto). Entre periodos organizados sendos capítulos.

Jalisco, uno de los más destacados filósofos jóvenes chilenos, se formó en su país bajo el magisterio de Juan Riquelme

LABERINTO

Un espacio del CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES abierto a los jóvenes creadores del interior del país...

GERARDO DENA
DOS POEMAS Y UNA ENTREVISTA

DOMÍNGUEZ, MANRIQUE, OBREGÓN, QUEMAM, YENYA: QUE HACERES ARTÍSTICOS

NUEVA LITERATURA DE FIN DE SIGLO

ENCUENTRO NACIONAL DE ARTE JOVEN

MAZA, MEJÍA, PALOS, RIZARÍN, SIERRA, RAMOS, SIERRA